

lenguaje no verbal denotaba conocimiento de lo que conmigo estaba pasando. Su silencio hablaba. Tiempo después confirmé mis conjeturas.

Me convirtieron en el centro de la reunión. Todas las miradas se posaron en mi persona. Apenas pude contener mi rabia. Me embargaban todo tipo de estremecimientos. No alcanzaba a entender por qué había decisiones al margen de mi voluntad, contrarias a mis deseos. Fue ahí cuando entendí que la bondad mostrada por Bladimir desde que me conoció, era parte de un montaje de largo plazo con detalles de perversidad.

CAPÍTULO 10

El siguiente lunes despuntó soleado, algunas nubes se alistaban para tapar el astro rey por ahí del mediodía; me desperté a la hora de siempre para cumplir con mis responsabilidades escolares. Después de los buenos días, mi madre me dijo aquellas palabras que quedaron grabadas con hierro candente en mi corazón: “Hija, aprovecha estos días para convivir con tus compañeros de la escuela, pronto serás una mujer casada y cuando eso ocurra te dedicarás a tu hogar y a tu marido”. Tuve ganas de llorar.

—Sí, mamá, tienes razón —alcancé a balbucear con voz entrecortada.

El comentario de mi madre me enviaba a ese grupo de mujeres que se casan sin amor. El camino a la escuela era el mudo testigo de la metamorfosis que a cada paso yo sufría. Cada metro que avanzaba me alejaba de mi adolescencia. Imaginaba que mi mochila se desfondaba y de ella caían mis útiles escolares junto con mis ilusiones para quedar regados en el duro piso de las banquetas. Si hubiese volteado hubiera desfallecido al ver que mi pasado henchido de planes y sueños quedaba atrás, en el suelo. No miraba a la gente, los saludos no los contestaba, solo veía al frente, al infinito, al cielo. Había una pregunta que me hacía: “¿Qué mal habré hecho para merecer lo que me está pasando?”

A la escuela entré con otra personalidad, mi espíritu estaba vencido. Lo notó la maestra Rosalinda, estaba parada en el exterior de la puerta del salón.

—¿Ahora qué traes, Zalia, hay problemas en tu casa?

—No, maestra, es algo peor que no le podría contar hasta no acomodar mis pensamientos —le dije mirándole a la cara, mi semblante estaba triste.

—No te preocupes, Zalia, luego me lo comentas, te hará bien.

Durante las clases no pude concentrarme, hacía esfuerzos por llevar mis pensamientos a algo que me aquietara. Mi mirada deambulaba de un lado a otro

buscando los sueños y recuerdos que alguna vez tuve. Mi conciencia se desplegaba. Trataba que las ideas lóbregas se esfumaran, no debía causar daño a nadie; en todo caso a mí misma. Haría todo lo necesario por el bienestar de mis padres. A pesar de todo no descartaba alguna esperanza. Ansiaba que estuviera equivocada en mis apreciaciones. Deseaba estar dormida y que al despertar todo quedara en una pesadilla.

Estaba por salir de la escuela cuando me encontré con la maestra Rosalinda. Me vio tan preocupada que decidió esperarme en la puerta. Me dijo que le platicara qué ocurría conmigo. Lo hice, me escuchó; me aseguró que no temiera, que me iría muy bien al casarme con Bladimir. Media hora después me retiré. Mientras caminaba volteaba al cielo en busca de alguna señal. El día estaba opaco.

Ingresé a mi casa haciendo esfuerzos por sonreír, nadie debía notar en mí algún desasosiego, ninguna expresión que revelara preocupación o desconcierto. Saludé con un beso en la mejilla a mi mamá y a la de Bladimir; estaban sentadas en la sala; platicaban plácidamente sobre la boda. Ambas recordaban detalles de cuando se matrimoniaron con sus maridos, lo hacían en abono a mi boda con Bladimir. Estaban en el repaso de los detalles.

Escuchaban un disco de Enrique Guzmán.

—Hija —me indicó mi mamá—, adelántate a comer, la mesa está puesta, doña Carola y yo estamos en los detalles para tu boda. Quiere mi consuegra —la señaló con los ojos— que sea la mejor boda de cuantas ha habido en el pueblo. Me convenció que así va a ser, hija —expresó con voz segura mi “santa” madre, sin haberme consultado antes.

“Mi suegra...” me sonó a bofetada. Me dirigí a la mesa, había frijoles charros, carne asada y quesadillas con epazote. Seguramente mi madre no hizo la comida en esa ocasión, yo conocía su sazón. Eso me indicaba que la organización de la boda le había robado toda esa mañana. La cuenta regresiva de mi libertad había iniciado, perdería mi intimidad, mi tranquilidad.

Escuché el repiqueteo de las campanas de la iglesia de San José, algo anunciaban. A partir de que llegué, las dos mujeres bajaron la voz, pretendían que los acuerdos formaran parte de las sorpresas para mí. La cocinera me sirvió la comida, permaneció callada, no hubo el diálogo de otras ocasiones, ni siquiera me preguntó cómo me había ido en la escuela. Después de ingerir mis alimentos subí a mi cuarto, me tiré sobre la cama con el uniforme puesto; total, pronto lo dejaría de usar.

Entrada la tarde bajé al comedor donde acostumbraba hacer mi tarea. Tenía que investigar algo; me apoyé en una biblioteca de colección que me habían comprado el año anterior. Empleé cincuenta minutos aproximadamente. Mamá no estaba, le

pregunté a la cocinera si mamá había comido ahí; me contestó que no, que les escuchó decir que ambas, mi mamá y doña Carola, irían a ver algunas cosas de la boda, que comerían por allá.

Estaban en su derecho de hacer lo que les diera gusto, pero no era correcto que hicieran lo que para mí representaría un verdadero sacrificio. Mamá regresó a las nueve de la noche. Entró a la casa con una sonrisa que denotaba ilusión con cierta dosis de fantasía... más bien era eso: fantasía.

—Hija, estamos muy atareadas con los preparativos de tu boda —me dijo abriendo los ojos y llevando ambas manos a su cabeza. Peinó sus cabellos con los dedos—. La familia va a contratar a un experto para que se encargue de la organización de la boda; me lo propusieron, estuve de acuerdo. Todo sea por ti, hija, por tu buen porvenir.

Estaba frenada a hacer algún comentario diferente; ni pensarlo. Esa noche platicamos sobre los detalles. La emoción de mi madre estaba para contagiar. Tal vez era yo la que estaba haciendo conjeturas que no correspondían a esa realidad. Desde ese día, los comentarios sobre la boda se volvieron frecuentes. Yo esperaba que Bladimir tuviera un acercamiento conmigo. No ocurrió.

Empezó a correr por el pueblo la noticia de mi boda. Había un solo periódico, pequeño, pero ahí no había sido publicada nota alguna; todo el mitote del enlace matrimonial se había propalado de boca en boca. De acuerdo estuve con la opinión de unas señoras que decían que Bladimir era el tipo más codiciado por la fortuna que poseía. Estaba de acuerdo pero esos no eran mis planes, menos aún cuando era una estudiante que anhelaba ser profesionista.

En la escuela mis amigas me preguntaban si estaba emocionada con la boda; mis respuestas iban en sentido opuesto a mi verdadera opinión. Trataba de disimular el desagrado de unirme a un tipo que no era lo que yo soñaba, por dentro sentía que mis sentimientos rodaban en irrefrenable pendiente. No dudaba que se trataba de un hombre astuto, de sangre fría y decisiones calculadas. Esas semanas de planeamiento de la boda, en cuyas opiniones no estaba yo incluida, fueron un reencuentro conmigo misma. En medio de la soledad muchas cosas se agolpaban en mi cabeza. Me sentía un objeto, una mercancía sin derecho a decidir ni a opinar. No podía entender que alguien, en un pueblo pequeño, pudo haber sostenido la imagen de buen hombre. Estos comentarios me los callaba porque en los dominios de “don poderoso” nadie podía ser confiable. Mis amigas no tenían la experiencia para opinar o aconsejarme.

La organización de la boda continuaba. No falté un solo día a la escuela, la tomaba como mi refugio. Me enteré que desistieron de contratar al que se encargaría de la organización de la boda, lo harían las dos mujeres y otros parientes las apoyarían.

Mantenía viva la esperanza que algo ocurriera que obligara a la cancelación de la boda. Por supuesto que no deseaba algo trágico. Le pedía a mi Dios que no me abandonara.

Benjamín y yo seguíamos sin tener un encuentro para acordar lo que fuera. Llegué a creer que las costumbres de ahí indicaban que el pretendiente no debía reunirse con la futura esposa sino hasta la ceremonia nupcial. No atiné preguntarle a alguien, ni siquiera a mi madre.

Cinco días antes de la boda se armó una reunión en mi casa a la que asistió Bladimir, su mamá y su hermano; los recibieron mis papás. Para asegurar mi presencia en esa tertulia, mi mamá me anticipó que sería una distinción la visita de esas personas para un asunto del cual yo era tema central, y que su visita confirmaba sus deseos de “contribuir a mi felicidad”. No podía creer que a mi propia madre no le interesara mi opinión. Mi mamá se casó con quien quiso, con quien amó, no con quien le impusieron. A ella, según las versiones, la apoyaron en sus decisiones, logró lo que pretendió y fue feliz.

INICIARON LA ENTREGA de invitaciones. Las dos mujeres se encargaron de esa tarea. Los criados de la familia repartieron algunas. A los cinco días todas estaban repartidas. Desde que las invitaciones cayeron en las primeras manos la boda se convirtió en la noticia principal del pueblo. “Se casaba el soltero más codiciado de la región”. Decían que yo era la agraciada, la afortunada; tanto me lo repetían que me lo creí.

Diez invitaciones fueron entregadas en la Ciudad de México, cuatro se enviaron a los Estados Unidos. También fue invitada una familia de Monterrey. La organización de la fiesta mantuvo ocupados a mis papás; lo hacían con buen ánimo. Todos los asuntos quedaron relegados a segundo término; lo prioritario, lo trascendente, era la boda, mi boda. Decían que eso construiría mi porvenir. No me dijeron qué tipo de futuro, tal vez el de la odalisca. La boda sería en sábado. La ceremonia religiosa sería a las doce horas; la comida dos horas después: a las dos de la tarde. Los invitados fueron como quinientos. La intención de la familia de Bladimir era invitar a todas sus amistades. Para esa familia la convivencia con la gente representaba afianzar su imagen de personas queridas. Casarse con una chica joven y guapa como yo, era decirles a todos que tenía la capacidad de conseguir todo al precio que fuera. Muchos lo sabían, pero lo callaban.

En ese intervalo se realizaron varias compras. El vestido de novia lo adquirieron en la ciudad de México, en la avenida Insurgentes. Los ajustes de talla los haría una modista del pueblo. Finalmente no se requirieron los buenos oficios de la costurera. El ramo de flores que lanzaría por los aires para ser atrapado por las chicas

congregadas, también fue comprado allá. Los anillos se consiguieron en una joyería de la calle cinco de mayo, cerca del Zócalo. No niego que pensar en todo ese boato sí me emocionaba. Yo sería la novia más reluciente de toda la historia de Papantla. Sabía que eso provocaría opiniones encontradas entre las mujeres: unas me admirarían; otras, no. Mis sueños eran otros.

Los vestidos de las damas de honor fueron elaborados por costureras de Papantla, tomando como modelo un vestido que vieron en conocida revista de modas. La tela fue comprada en la ciudad de México. Me recomendaron que antes de la boda no debiera ver a las muchachas vestidas con los ropajes de la boda, dizque era de mala suerte.

El servicio del banquete lo contrataron con restaurante de Martínez de la torre. Uno de los platillos sería de mariscos, otro contendría pechuga de pavo con relleno. La tercera opción era lomo de cerdo bañado con una salsa dulzona. En alguna parte de la casa de Bladimir estaban las cajas de licor y sidra. La Champaña sería para los invitados especiales. Se mandaron a hacer tres grandes pasteles. Sobre uno de ellos, el más alto, estaría colocada la tradicional figurilla de la pareja de novios.

Uno de los grupos musicales era de Puebla; el otro, del pueblo. El animador que se encargaría de mantener a todos con el mejor de los ánimos también era de Puebla. Mi nerviosismo crecía en la medida que el plazo de mi soltería se agotaba. Padecía el nerviosismo de cualquier novia que está por desposarse. La noche del día anterior fue fatal, dormí mal, pensaba en todo. Mi mente volaba sin control. A pesar de mis esfuerzos no podía conciliar el sueño. Mis pesadillas no tuvieron paz. Desperté en un par de ocasiones. Aún imbuida por el sueño abría los ojos con la ilusión que la boda fuera parte del sueño.

CAPÍTULO 10

El día resplandecía. Dando las nueve de la mañana llegó el estilista a mi casa. Se hizo acompañar por una ayudante que llevaba los instrumentos en dos maletines. A esa hora me sometí al diestro trabajo del peinador. Desayuné poco, no tenía hambre. De su portafolio sacó una fotografía con el modelo de peinado escogido. Me aseguró que quedaría igualito al de la foto. Me aseguró el estilista que ese tocado resaltaría las líneas de mi cara y embellecería aún más mis ojos.

Mientras el peinador trabajaba con el pelo, la ayudante aplicaba los colores en mi cara. Yo seguía cada uno de los movimientos por el espejo que estaba frente a mí. Poco a poco me transformaba, pero esa metamorfosis no era la que estaba logrando el peine, la brocha o el pincel; era la evolución de una adolescente que era inducida a ser

mujer, así haya sido por el método social de la ceremonia religiosa. Quedé lista cuando el reloj marcaba las diez de la mañana. A mi madre la habían peinado desde el día anterior y solo requirió un retoque. Se veía guapísima ¡Única! Su estilizada figura no requería arreglos, era hermosa. Cuando se acercó a mí para observar de cerca la obra del experto, le pregunté:

—¿Así te veías cuando te preparabas para ir al altar, o más hermosa?

—No, hija —me dijo en tono maternal—, no hay comparación contigo, te ves hermosísima, me proyecto en ti, haces sentirme orgullosa —No hubo más diálogo.

El tiempo se acortaba. Toda la atención estaba puesta en la boda más importante de los últimos veinte años, según decían. Desde temprano, un elegante automóvil blanco, nuevo, con un pomposo arreglo floral en el cofre y dos grandes moños blancos en las puertas traseras; estaba estacionado frente a mi casa. Los que pasaban a pie se detenían para admirarlo; no era común ver un elegante vehículo con adornos para boda. Papá fue a verme, saludó al peinador y a su ayudante, “Luces espléndida”, expresó. Vestía traje negro, corbata color marfil, zapatos de charol. Se veía muy guapo. Las señoras clavarían sus furtivas miradas en él. Cuando el estilista terminó su trabajo, papá le preguntó cuánto debía pagarle; “Los honorarios ya están cubiertos, don David; el señor Bladimir se encargó de la paga”

Alguien de la familia de mi prometido sugirió que en ese vehículo nos trasladáramos papá, mamá, yo, y el chofer. Papá adelante y nosotras dos atrás. Por la acera de enfrente paso uno de mis compañeros de escuela, estaba invitado a mi boda. Le hice un ademán para mostrarle mi extrañeza que no estuviera con vestimenta de fiesta. En inmediata reacción me mostró el pantalón que colgaba de su brazo izquierdo. Simuló un movimiento de tijera con dos de sus dedos de su mano derecha, apuntó al extremo de las piernas de la prenda. Entendí que iba con el sastre para que lo arreglara. Esbocé una sonrisa en señal de aprobación.

Todos me miraban, me sentía importante. El auto con chofer formaba parte de un juego de vanidades. A las once de la mañana con quince minutos estábamos moviéndonos para la iglesia. Dos señores que encontramos en el camino, en cuanto vieron a papá se llevaron la mano derecha al corazón en muestra de saludo. Un cliente de la veterinaria de mi papá que conducía una camioneta ganadera se detuvo para darnos el paso. Por la ventanilla sacó su mano izquierda empuñada con el pulgar hacia arriba. En el trayecto nos encontramos a personas que sonreían al vernos. Por supuesto que no pasamos inadvertidos.

Algunos vehículos que iban a la iglesia se colocaron atrás de nosotros. El chófer era un amigo de Bladimir que se ofreció para conducir el vehículo y vestirse como

visten los choferes de la gente adinerada. Su aspecto era de hombre preparado y correcto.

El chofer no se fue por el camino más corto, recorrió varios lugares del pueblo antes de llegar al templo. Lo hizo para que más gente se diera cuenta del acontecimiento. Conducía a baja velocidad. Durante el recorrido procuré que en mi rostro se notara alegría, como cuando las chicas se casan por amor. La cara de satisfacción de mis papás era inocultable. La gente elogiaba mi imagen de novia distinguida.

Al doblar en una de las esquinas nos encontramos con los inseparables Pedro y Mario, los mejores contadores de historias que había en toda la zona; unas ciertas, otras inventadas, pero todas con la chispa del buen humor. Llegamos a la iglesia faltando quince para las doce del día. El vehículo se detuvo, el espontáneo conductor apagó el motor, se bajó, abrió la puerta de mi papá, luego la mía. Bajamos, detrás de nosotros mi mamá. Mi papá nos tendió la mano para ayudarnos a bajar.

A papá lo tomé del brazo. Caminamos con lentitud. La iglesia estaba repleta de invitados de ambas familias; más por parte de ellos. En el atrio de la iglesia estaban los que prefirieron esperarnos para entrar con nosotros. Había compañeros de la escuela con sus familias. Decían frases de buenos deseos. Me llamó la atención la expresión de una señora que lanzó al aire la pregunta del lugar donde pasaríamos la luna de miel. No le di respuesta porque no sabía. Pensé preguntarle a mi padre pero no lo hice; lo dejé para el tiempo de las sorpresas. Suponía que se trataría de algún lugar paradisiaco; me emocionaba la idea de la sorpresa.

Caminábamos en medio de dos líneas de pétalos de rosas rojas, desde la entrada hasta el altar. Los pétalos blancos tapizaban el centro. El olor a rosas llegaba a mi nariz como caro perfume. El interior de la iglesia había sido decorado con flores en alargados floreros que parecían de cantera rosa. En el interior de la iglesia no cabía un alma más.

Desde que cruzamos la puerta principal todos giraron sus cuerpos para vernos de frente; sonreían, cuchicheaban. Los rostros de mis amigas mostraban alegría. Algunos tenían cara de incredulidad. Cada uno de mis pasos me acercaba a mi destino lleno de responsabilidades de toda mujer que se casa. Durante el trayecto al altar escuché frases y palabras que me halagaban. Mi ego tocaba los dinteles del cielo. Al final del pasillo me esperaba Bladimir; cerca, su mamá y su hermano Ricardo. Los tres elegantemente vestidos. La señora con un vestido que le compraron en Nueva York. El favor se lo hizo una amiga que compraba cosas allá para vender en Papantla. El hecho que tuvieran las mismas tallas facilitó la selección de la prenda.

En las bancas del lado izquierdo estaban mis familiares; en las del lado derecho la familia de Bladimir. Sus ademanes denotaban cordialidad. La mamá de Bladimir veía con ojos complacientes a mis papás.

Me parecía interminable la distancia entre la puerta y el altar. La cola de mi vestido era levantada por un niño y una niña, hijos de una prima de Bladimir, que cuando se casó se mudó a México. Su marido, corpulento, con cadenas de oro y diamantes colgando de su cuello. Era un acaudalado comerciante dueño de varias bodegas en el mercado de La Merced en el Distrito Federal. La corbata azul con rayas no combinaba con el traje verde con cuadros. Su personalidad se la daba una pistola al cinto debajo de la camisa.

A la mitad del camino estaba mi amiga Rossina con su papá, don Tereso. Él me miraba con expresión seria, pensativo. Trató de sonreír cuando pasé frente a ellos, movió sus labios diciendo algo, no alcancé a leer en ellos lo que quiso decir. En ese momento recordé su ofrecimiento de investigar por su cuenta el crimen de mi ex novio. Traté de concentrarme en la ceremonia. Todas las luces de la iglesia estaban encendidas; las de colores fueron instaladas para nuestra boda. Mientras caminábamos al altar, un órgano dejó oír sus acordes. A cada paso mi resignación crecía, la ceremonia se consumaría, no cabía la menor duda. Así estaba escrito.

Dio inicio la ceremonia, nos casaría el mismo padre que le hizo el juego a Bladimir en la petición de mano. Seguimos cumplidamente con el ritual en medio del silencio de los asistentes. Un niño en brazos de su madre soltó el llanto en el momento que el cura nos hacía las preguntas. Hasta ese momento supe quiénes eran los padrinos de lazo y de arras.

Cuando el clérigo propuso el beso, Bladimir me lo dio en la frente, no en la boca como en otras bodas. Los asistentes aplaudieron. No sabía que dentro de la iglesia se podía aplaudir. Una vez concluida la liturgia iniciamos el camino de regreso; ahora del brazo de mi esposo. Algunas personas que estaban a los lados del pasillo lanzaban arroz y pétalos. Escuchaba frases de buenos deseos para la vida que desde ese momento emprendíamos en pareja. Supuse que vería al menos una lágrima resbalar por las mejillas de mi madre como en las películas de melodrama. No ocurrió. Lo que mi madre vertía por los ojos era agrado. Qué bueno que así fue, no debía yo ser ególatra.

Algunos sobresaltos me separaban mentalmente del gran boato de la boda: ya no regresaría a dormir a mi casa, no platicaría con mi mamá a la hora de la cena. Nadie más me pretendería, nadie me cortejaría. Mis recuerdos se quedarían en casa de mis padres. Me costaría trabajo asimilar esa idea. Fundaría otro hogar, no me sentía preparada, estaba demasiado joven.

Mis compañeros vestían traje. Entre saludos logramos salir de la iglesia. Los invitados se apresuraban para abordar sus vehículos o conseguir taxi.

"Nos vemos en la fiesta", les decía a los que saludaba. Buscaba caras conocidas. Estaban casi todos mis compañeros de la escuela, los que no asistieron a la iglesia fueron a la comida. Era momento de repartir abrazos. No faltaron los consejos como el de una señora a la que había visto en la calle un par de veces; me recomendó: "Para que tu marido no se te vaya tienes que aguantarle algunos pecadillos". No me agradó el comentario. Abordamos el vehículo. Fuimos con el fotógrafo para las tradicionales fotografías de bodas. Ahí permaneceríamos hasta que el experto de la lente estuviera satisfecho con los resultados. Unos cortinajes sirvieron de fondo. Dos ramos de flores estaban colocados en el piso. El fotógrafo nos dijo que tenía que ser la mejor fotografía de todas las parejas que habían posado para su lente. Estuvimos atentos a las recomendaciones. Cuarenta y cinco minutos después salíamos del estudio fotográfico.

Antes de abordar el automóvil, a gran velocidad pasó una camioneta Pick Up blanca. Desde dentro salió un grito con tono de advertencia dirigido a Bladimir; no escuché con claridad lo que dijo el tipo que ocupaba el asiento del copiloto. Vestía camisa vaquera y sombrero texano. Bladimir fingió no inmutarse; le hizo una seña a uno de sus ayudantes que estaba al volante de un vehículo estacionado detrás del nuestro. Algunas personas sin haberme conocido me saludaban.

Un autobús de pasaje se detuvo. El chofer se levantó de su asiento para mostrarnos su mano derecha con el pulgar hacia arriba. En todo el pueblo se percibía olor a fiesta de boda. Fue un acontecimiento recordado por mucho tiempo. Cuando radicaba en la ciudad de México, me encontré con una familia en un restaurante del sur de la ciudad; que después de reconocermelo y a solicitud del jefe de esa familia platicamos de la boda. El hombre, de pelo cano, pronunciada frente y descomunal barriga, presumió a sus dos hijas y a su esposa que ninguna otra fiesta en el pueblo había tenido esas características.

AL FILO DE LAS TRES de la tarde llegamos al lugar de la fiesta. Antes de entrar vi el cielo, estaba cubierto por nubes altas; el clima era templado, la temperatura tendía a bajar en la medida que avanzara la tarde. El fresco aire apenas alcanzaba a mover las hojas de los árboles. No había barrunto de lluvia. Al fondo de las bodegas acondicionadas para la fiesta, colocaron carpas color blanco donde preparaban los alimentos en parrillas de gas y de leña. En el lado izquierdo instalaron dos pequeñas carpas para los artistas. A los músicos se les surtieron los alimentos y bebidas que previamente habían solicitado. Dos de ellos prefirieron whisky. Dentro de las carpas había asientos.

En el techo del salón estaba colocado un aro de gran tamaño, del que colgaban franjas de telas de colores que remataban en las paredes, y luego caían hasta tocar el piso.

Nuestra mesa era redonda y pequeña, con dos sillas de madera de respaldo alto forradas con tela blanca; en el asiento de cada silla un cojín de tela azul con un moño blanco en la parte posterior. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco, encima otro más pequeño color azul. Nueve velas ardían sobre un candelabro de latón brillantado.

Las velas desprendían agradable aroma. El humo hacía esfuerzos por elevarse en línea recta al techo del salón. La parte inferior de la mesa estaba circundada con floreros con flores blancas; en el centro de cada uno había una orquídea con vetas moradas. El piso había sido pintado de azul claro. Las flores blancas no las había visto en los mercados del pueblo, no supe su nombre, tampoco dónde las cultivaban.

Mi marido se negó a someterse a las travesuras de los jóvenes de lanzarlo por los aires y cacharlo al caer. Tampoco permitió que con nosotros bailara quien quisiera. No me incomodó su decisión, era una persona mayor de edad. Me dijo después que esas costumbres le parecían ridículas. Los meseros empezaron a servir la comida. El grupo musical inició el carnet musical. En pocos minutos cada quien tenía la comida en su plato. Yo no tenía apetito. Bladimir no me rogó que comiera. El capitán de meseros, alto, delgado, ligeramente encorvado, de escaso pelo, vestido con el ropaje que los identifica; gentilmente me insistía que debía ingerir alimentos. Me preguntó si no me había gustado la sazón; sonreí, con movimiento de cabeza le di a entender que sí me había gustado, con señas traté de decirle que era por el estrés de la boda.

El bullicio de las voces y la música traspasaba las paredes. Comían, reían, se divertían. Quienes conocían los antecedentes de esa familia se reservaban los comentarios. No les interesaba lo que no les afectaba. El salón estaba lleno en su totalidad. En broma preguntaban si podían permanecer comiendo y bebiendo hasta ver la luz del día siguiente. Los meseros contestaban que podían hacerlo. La mamá de Bladimir ordenó a los meseros que a la gente se les sirviera lo que pidieran, pero que con el licor fueran prudentes.

El animador de la boda era un tipo alto, delgado, de espaldas planas, cara lánguida, pelo a los hombros; vestido con traje azul, corbata amarilla, refulgentes zapatos de charol, modales finos, con acento argentino. Contó chistes graciosos que a todos hizo reír. Actuaba con profesionalismo. Los invitados exclamaban que el show continuara por más tiempo.

Bailaban mujeres con mujeres cuando los maridos, agotados por el baile, se sentaban. Mientras estuvimos en la fiesta fuimos el blanco de todas las miradas. A mi

marido lo veían de una manera, a mí de otra. Los de mayor edad aseguraban que no había habido otra fiesta igual.

Eran las nueve de la noche cuando Bladimir me dijo que debíamos retirarnos. Me dio la noticia que nuestra luna de miel la pasaríamos en Acapulco. A temprana hora tomaríamos el avión en la ciudad de México. Nuestras maletas estaban listas. Supuse que llegaríamos a un hotel, dormiríamos un rato y luego nos trasladaríamos al aeropuerto. Las interminables despedidas fueron la causa que emprendiéramos nuestro viaje hasta las doce de la noche.

Mis papás nos dieron sus bendiciones, lo mismo hizo la mamá de Benjamín. Los familiares nos acompañaron hasta el automóvil. Por fin logramos salir. Los dos ocupamos el asiento trasero. Tenía presente que debía ser cariñosa con él; podía hacerlo porque nací y crecí en un ambiente de amor y comprensión.

Una vez en marcha me acerqué a él, recargué mi cabeza en su hombro derecho, con desgano se inclinó hacia mí; sentí su indiferencia, lo justifiqué, supuse que estaría estresado. No pensé otra cosa, debía comprenderlo, además, me doblaba la edad.

Por mi escasa experiencia en cuestión de amores no me pareció extraña su actitud. El chofer conducía despacio, como para retrasar la llegada. Durante el trayecto no "pegué los ojos". Disfrutaba el paisaje en la medida que me lo permitía la luz de la luna. El cielo estaba despejado. Los pinos de los cerros parecían figuras estilizadas que a nuestro paso nos observaban con esmero. Las luces del auto se abrían paso entre los velos de la noche. Me emocionó ver un conejo que con prisa cruzaba la carretera. Después, el chófer me dijo que durante el viaje fueron tres los que cruzaron frente a nosotros; uno de ellos se regresó desde la mitad de la carretera.

Esperaba de la noche algún mensaje que me aclarara las cosas. El camino al Distrito Federal se hacía interminable. Yo no llevaba ninguna prisa pero tenía ansiedad por descubrir la fantástica experiencia de la noche de bodas.

Mi inexperiencia en el sexo daba lugar a que de mi joven cabeza brotaran diversas inquietudes. Durante el camino hablamos poco, parecía que los temas de plática se habían quedado en el festín del bodijo.

Por largos ratos Bladimir miraba hacia el exterior por la ventanilla de su lado. Lo tenían por ameno conversador, de "afilada labia"; por eso su mudez me parecía extraña. Contaban que era un hombre que, cuando se lo proponía, convencía al más refractario. Su tono de voz, pausado y entonado, daba confianza.

Los rayos del sol empezaban a bañar al Distrito Federal. La autopista nos colocó en la avenida Zaragoza. Gente en las paradas esperando su autobús; todo tipo de autos con la prisa de llegar a sus destinos. Todos ansiosos por transportarse. Vehículos atiborrados con mercancía para vender en algún lugar. Los autobuses rodaban a toda

prisa con la carga humana que desbordaba; pasajeros colgados de las puertas porque dentro no cabían. Pensaba en las historias de esa masa humana que de madrugada salía de sus hogares para regresar avanzado el día, o la noche. ¿Cuántos de los que veían mis ojos eran felices? ¿Cuántos no lo eran?

—Esta es la ciudad de México, así se vive todos los días —habló Bladimir con voz firme. Sus palabras rasgaron el silencio en el interior del vehículo.

—Pues yo no me hallaría en ésta enorme ciudad donde todo son carreras, prisas, mucho estrés —le aclaré por si algún día se le ocurriera llevarme a vivir a esa ciudad donde todo es abundancia: gente, automóviles, casas amontonadas, edificios, negocios de todo tipo. Sonrió sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Qué te parece lo que opina mi esposa? —le inquirió Bladimir al chofer, que tampoco pronunció palabra en todo el camino.

—Patrón, yo creo que la jefa tiene razón —contestó categórico—, ya ve que aquí la vida es diferente a como la tenemos allá, en nuestra tierra.

Poco antes de dar vuelta a la derecha, en dirección al aeropuerto, vimos un avión que volaba a baja altura, rozando las altas antenas de televisión de los edificios cercanos al aeropuerto. Dejamos atrás la Avenida Zaragoza. En pocos minutos arribamos a nuestro destino de despegue rumbo a Acapulco. El chofer estacionó el auto frente a la entrada de vuelos nacionales. El chofer fue el primero en descender, abrió la puerta para que bajara Bladimir, inmediatamente fue a mi lado, abrió la puerta, se hizo a un lado para que mi marido me tendiera su mano para ayudarme a bajar; luego abrió la cajuela, sacó dos pequeñas maletas de mano y mi neceser. Bladimir le ordenó que esperara mientras el avión despegaba, “Por si algo se ofrecía”.

—Si pretenden quitarte de éste lugar has uso de la charola —le previno Bladimir en tono prepotente. No quise preguntarle qué era una “charola”, el solo nombre me hizo pensar en la vasija que usan los meseros para transportar los vasos a las mesas de los clientes.

A paso lento nos dirigimos al restaurante para desayunar y esperar el momento de abordar. Recapacité sobre un detalle que no me cuadraba: las maletas con nuestra ropa no venían en el auto. Pensé que habían sido bajadas del vehículo sin haberme dado cuenta. Cuidé no tener ninguna expresión que descubriera mi escasa experiencia en viajes. Bladimir debió haber previsto el asunto del equipaje, no podían haberse extraviado, tampoco pudieron haberse olvidado en Papantla.

Entramos al restaurante, nos recibió una señorita de aspecto amable. Sin desdibujar la sonrisa que adornaba su cara nos mostró las mesas que pudiéramos ocupar. Le precisamos que solo éramos nosotros. Nos señaló dos opciones, nos decidimos por la mesa que se encontraba cerca de los ventanales. Desde ahí veríamos a la gente que

llegaba de algún lado o salía para otro. Me entretuve un buen rato mirando a los pasajeros. De vez en cuando volteaba a ver a Bladimir. Espaciadamente me hacía comentarios sobre temas de negocios, de viajes y anécdotas con amigos. Hasta ese momento me parecía que mi esposo evitaba tocar temas de nuestro futuro como pareja; como suele suceder entre los recién casados. Debía adaptarme a la personalidad y estilo de mi marido. Me consolaba pensar que un personaje de ese talante seguramente tendría criterios diferentes. Recordaba las frases que a manera de recomendaciones me expresaban algunas amigas de ambas familias: “Para que tu matrimonio dure toda la vida, obedece a tu marido”. “Cuando él grite, calla; así habrá estabilidad en tu matrimonio”; o “Antes de tomar una decisión loca piensa en tus padres, ellos cargarían tus penas”.

No podía desoír las recomendaciones de la experiencia. No estaba de acuerdo pero les daba la razón cuando por la afectación a terceros, como lo eran mis padres.

Desayuné ligero: ensalada de frutas, malteada de chocolate, pan dulce.

Con calma paladeé mis alimentos. La fiesta había quedado atrás pero la música la traía en mis oídos. Me encantaron las esponjosas camelias cubiertas con pasta blanca. Hasta la fecha siguen siendo mis preferidas. Bladimir, muy cuidado de sí mismo, comió fruta con yogurt y jugo de naranja. Evitó el pan. El café lo tomó sin azúcar. “El café debe tomarse sin azúcar y bien caliente”. Se lo escuché varias veces. Como no le veía interés en hablar de nuestros sueños (más bien míos), le pregunté por las maletas.

—¿Las maletas no vienen con nosotros? —pregunté con timidez.

—Pensé que no lo ibas a preguntar —me contestó con voz firme.

—Las maletas salieron ayer temprano rumbo a donde vamos a pasar nuestra luna de miel. Cuando lleguemos al hotel, ahí estarán esperándonos.

—Pero... ¿quién las llevó? —lo interrumpí.

—Mandé a otro de mis choferes. Ya debieron haber llegado.

—Pues, qué cómodo —le respondí— así ya nos podremos mover sin más peso que el de nuestros cuerpos. Ambos reímos.

EL INCONFUNDIBLE TONITO de voz anunció la salida de nuestro vuelo. Presuroso pagó la cuenta. Cuando el mesero recibió la propina nos dijo que estaría atento para atendernos a nuestro regreso. El mesero puso en nuestras manos las maletas que estaban sobre una silla vacía. Salimos del restaurante. Bladimir colocó su mano sobre mi hombro, caminamos aprisa a donde checaban los boletos, de inmediato pasamos a la sala de abordar.

Me sentí importante viajar en primera clase, los asientos cómodos y amplios me harían un viaje más que placentero. Mi marido me propuso el asiento de la ventanilla, “Para que disfrutes el paisaje desde las alturas”.

El avión comenzó a moverse. La sobrecarga nos mostró cómo abrochar los cinturones de seguridad; siguieron las indicaciones de lo que debíamos hacer en caso de accidente. Me sobresaltó pensar en eso. Hice la cruz con los dedos de mi mano derecha, me persigné, en silencio oré. La extraña sensación que apareció dentro de mí pronto se disipó. La aeronave se colocó en la cabecera de la pista, aceleró los motores, inició la carrera, despegó.

Bladimir me explicaba los lugares sobre los que volábamos; no le ponía atención a lo que me decía, no era de mi interés saber sobre qué terrenos íbamos volando, desde arriba poco es lo que se distingue, todo parece lo mismo. Una que otra nube blanca que vistas desde arriba parecían copos de algodón. Por momentos era ameno platicador, pero no de los temas que me interesaban. A veces me parecía que esa plática debía compartirla con sus amigos, no con quien compartía la mágica sensación de la “Luna de miel”.

Recordé el viaje a Miami, costado por el mismo hombre del asiento de al lado. En aquella ocasión, dentro de mi alma había dos sentimientos que se contraponían: el de la dolorosa partida de mi ex novio; y haber conocido a un atractivo chico, hijo del amigo de mi papá. Ahora viajábamos rumbo a Acapulco. No faltarían las sorpresas, estaba segura, era el estilo. En él notaba actitudes extrañas, suponía que eran por su prolongada soltería. Al pasar las horas se iría acostumbrando a la nueva vida de compartir todo con una pareja, según yo. No tenía a nadie cerca de mí con experiencia para que me orientara y disipara mis dudas. Mi mamá no me daría la opinión que yo deseaba escuchar. Lejos estaba.

Lo observaba sin que se diera cuenta. Me perturbaba que no alcanzara a articular una hilada conversación conmigo. Me comentó algunos pasajes de su infancia. Por lo que comentaba deduje que su mamá había influido fuertemente en la formación del carácter de los dos hijos. Hablaba de cosas que yo consideraba de escaso interés para una chica de mi edad, así estuviese convertida en esposa.

Admito que no me agradaba volar en avión. Desde el viaje anterior descubrí que tenía fobia a las alturas. Ansiaba tocar tierra.

Se escuchó la voz del piloto anunciando que nos abrocháramos los cinturones, en instantes estaríamos aterrizando. Nos acercábamos a tierra, las cosas adquirían su tamaño normal. Me consoló ver la pista de aterrizaje. Sentí alivio cuando las llantas del avión rodaban sobre la pista. Le di gracias al Santísimo. Discretamente me persigné. Una señora y su hija como de trece años, hicieron lo mismo. Al levantarme del asiento voltee hacia mi derecha, la cara de un señor, grande de edad, tez blanca, gafas oscuras, pelo entrecano igual que su barba; que durante el viaje tenía un gesto de angustia, se había relajado. Durante el vuelo no dejó de rezar un momento.

Fuimos los primeros en descender. Cada uno cargó sus propias maletas. Creía que él llevaría la mía. Apenas cruzamos la puerta que divide la sala de llegadas con el área de acceso general, había dos caras conocidas: la de uno de los choferes de Bladimir, y la de una de las mujeres de la servidumbre de la familia de mi marido. No me desagradó el “comité de recepción”.

SIRVENDA SE LLAMABA quien desde ese momento sería mi dama de compañía. A la postre sería mi confidente.

El vehículo que hizo el viaje de Papantla a Acapulco estaba en el estacionamiento del aeropuerto. En ese mismo nos trasladamos los cuatro al Hotel. Bladimir veía con agrado el paisaje de la ciudad. “Las condiciones están cambiando para mí”, pensé. Después de tantos pensamientos que cruzaron por mi cabecita, venía la recompensa.

Nos hospedamos en un hotel ubicado en la costera Miguel Alemán, sobre la playa Icacos. Llegamos a la recepción. Los enviados de Bladimir se encargaron de hacer el trámite para la reservación y la asignación de las habitaciones.

—Señora —me dijo Sirvenda cuando nos encontrábamos en la recepción—, la voy a acompañar a su cuarto.

—Por supuesto que sí, Sirvenda —No me pareció anormal que me acompañara Sirvenda mientras me instalaba en la habitación que compartiría con mi marido.

Sirvenda y yo nos dirigimos al elevador. Bladimir fue al restaurante del hotel a encontrarse con un joven amigo suyo que vivía en Acapulco. Recordé que Bladimir me había comentado que aprovecharía el viaje a Acapulco para desahogar algunos negocios. Celebré su empeño por los negocios.

Se abrió la puerta del elevador. Sirvenda, llave en mano, tomó la delantera hacia la habitación destinada para Bladimir y para mí, en nuestro papel de recién casados. Con evidente práctica abrió la puerta. La habitación tenía vista al mar. Di media vuelta, me dirigí al clóset para comprobar que estuviera mi ropa. Sí, ahí estaba. También encontré ropa nueva que alguien compró para mí. Le quité las etiquetas. Pensé en preguntarle a Sirvenda quién la había comprado, y cómo le hicieron para saber mis tallas, pero no estaba en el cuarto.

Mis ojos desorbitaron cuando no vi la ropa de Bladimir en el clóset. ¡Qué estaba pasando! Caminé en círculos por toda la habitación. ¡No había ninguna pertenencia de Bladimir. ¡Qué sorpresa! No esperé un instante más, le llamé a Sirvenda.

—Sirvenda: ¿dónde está la ropa de mi marido? ¿Dónde quedó?

—Señora, su marido ocupa una habitación del primer piso.

—Por favor, ven a mi habitación...

Estaba turbada, no supe qué hacer; no sabía qué ocurría.

Tocó la puerta, abrí, entró Sirvenda. La noté nerviosa.

—Sirvenda: ¿Por qué mi marido no se quedará en esta habitación, conmigo?

—Créame que no sé por qué, solo recibimos instrucciones, señora; siento no poder explicarle.

Evité hacer un comentario más. Le pedí que me dejara sola mientras encontraba alguna explicación que despejara mis dudas.

¿Qué debía entender al no encontrar la ropa de mi marido en el mismo cuarto, donde pasaríamos varias noches juntos? Durante quince minutos caminé de un lado a otro. Salí al balcón con la intención de encontrar alguna respuesta en el mar, que con imponente esplendor se balanceaba frente a mis asombrados ojos. No quise encender el televisor, no tenía deseos de ver o escuchar nada. Para mi quebrado estado de ánimo hasta la música sería ruido. Me recosté en la cama, intentaba controlarme pensando en otras cosas.

ESCUCHÉ TRES suaves golpecillos en la puerta; era el Bell boy. Sonriente y con voz amable me dijo:

—Señora, reciba usted éstas flores, se las manda su esposo, le van a gustar mucho, son selectas y hermosas. Extendió sus brazos para poner en mis manos el arreglo. Me gustó, estaba hermoso. Fue inocultable mi sorpresa.

—No las esperaba, ¿verdad?

—No, no las esperaba —le contesté emocionada. Agradecí el servicio. Me miró a la cara, notó mi asombro.

Di media vuelta, entré a la habitación, ocupé ambas manos para llevar el regalo, lo puse en la mesa redonda para cuatro sillas. El joven cerró la puerta lentamente, se retiró. El arreglo iba acompañado de una tarjetita en la que Bladimir, con letra manuscrita, escribió diciendo que me invitaba a comer en un restaurante tradicional del centro de Acapulco. En la misma tarjeta proponía que nos viéramos media hora más tarde en la recepción; me estaría esperando.

La idea que yo tenía de la luna de miel se había esfumado. Ninguna comparación de mi luna de miel con las que parodiaban en las despedidas de soltera. Recuerdo una historia trágica que contó una de las mujeres en mi despedida de soltera. Nos comentó que una pareja de recién casados que viajaba en auto no vio un ferrocarril que cruzaba la carretera. Pasaron la noche de bodas y las dos siguientes en un hospital. Pero eso no fue todo, lo más grave es que durante seis meses no tuvieron relaciones por fractura de la pelvis del marido.

Rogaba que mi historia no fuera a dar a la legua de una de esas señoras, para amenizar alguna tertulia. Aseguraba que mi historia tendría final feliz.

Salí del cuarto tres minutos antes de la hora indicada. En punto de la hora de la cita llegaría a la planta baja.

Se abrió el elevador, frente a mis ojos estaba el autor de la boda, esperándome. Vestía pantalón blanco, zapatos de igual color, sin calcetines; camisa de lino rosada de manga larga, de fino diseño. Rodeaba su cuello gruesa cadena de oro con diamantes incrustados. Salimos al restaurante. Todo con el propósito que yo disfrutara del lugar y la comida.

En el restaurante sacó de su bolsillo una caja alargada, plana, con moño dorado. Me la dio de obsequio. Cuidadosamente retiré la envoltura de papel, abrí la caja, sequé el contenido... ¡Una cadena de oro!

—Son la pareja —me dijo cuándo la colocó en mi cuello—. Se refería a que el diseño era similar a la prenda que también estrenaba en su cuello.

—Gracias, amor —le externé con voz perpleja—. Qué detalle tan fino —concluí.

—Estoy dispuesto a darte lo necesario para que hagas el mejor papel como esposa —me dijo.

Esa frase me confundió, no supe cómo interpretarla. Le pedí a Bladimir que me sugiriera alguno de los guisos de mariscos especialidad del restaurante. Lo hizo con acierto. La comida me gustó. En cuestión de alimentos era un experto.

El capitán de meseros lo llamaba por su nombre, el trato que le brindaban a mi marido era preferencial, como si se tratara de un cliente frecuente. Años después supe que previo a sus encuentros de negocios mandaba a alguno de sus colaboradores, para repartir propinas al capitán de meseros y a quienes les correspondiera atender la mesa donde se sentara con los convidados. Por el trato que le daban desde que llegaba hasta que se retiraba, nombrándolo por su nombre y obsequiándolo con frases que indicaban que su presencia era habitual y grata; daba la impresión de ser una persona importante y confiable.

Todo ese montaje se conseguía con regalías. Los arreglos de los negocios eran siempre a su conveniencia.

Conmigo utilizó la misma faramalla. Yo creía que realmente era un asiduo cliente de esos lugares, decía conocer a todo el personal de los restaurantes que visitábamos, me presentaba con el personal que nos atendía. Por supuesto que yo también gozaba del especial trato. Cualquier mujer sentiría lo mismo que yo. ¡Mi esposo era un hombre importante!

Terminamos de comer. Bladimir llamó con la vista al mesero para preguntarme delante de él si apetecía algo más. Le contesté que estaba satisfecha, que no deseaba nada más; le di las gracias. Esperaba que mi marido pidiera la cuenta. No fue así. Nos levantamos, a paso lento salimos del lugar. Se despidió de mano de los meseros. Le hacían valla hasta la puerta, espectáculo que atraía la atención de otros comensales,

quienes se mostraban interesados por conocer la identidad del personaje al que tantos honores le rendían. Interesante.

Salimos del restaurante. Abordamos el vehículo, fuimos a otro lado. Las atenciones del chofer se repetían de manera ensayada: abrir la puerta, cerrarla, ponerse al volante, sintonizar la radio en las emisoras del gusto de Bladimir, dirigirse al lugar previamente indicado por mi marido. En esa ocasión Sirvenda nos acompañó, ocupó el asiento del copiloto. Solo en alguna película burlesca podría verse una luna de miel de más de dos.

Visitamos una Boutique de ropa. No era necesario saber mucho de vestidos para distinguir que vendían diseños exclusivos. Al cabo de dos horas salí de la tienda con varios artículos; los pagué con la tarjeta de crédito que Bladimir me había obsequiado. Sirvenda cargaba las bolsas de atractivo diseño. Cualquiera imaginaría la calidad del contenido. Mi marido se había quedado de reunir con amigos para hablar de negocios. El auto se quedó a mi disposición. El chofer tenía indicaciones de llevarnos a visitar las mejores tiendas de Acapulco, él sabía dónde estaban, conocía bien aquel lugar. En algún momento el chofer me comentó de manera comedida y mirándome a la cara:

—Señora, su esposo la verá a las ocho de la noche en un restaurante especializado en finos cortes, para cenar. Antes la voy a llevar al hotel porque seguramente deseará usted cambiarse de ropa.

—Gracias por compartirme los planes de mi marido.

Deseaba dormir, sentía los efectos del desvelo de la noche anterior.

Cuando llegamos al hotel, Sirvenda me ayudó a bajar del auto todo lo que había comprado. Subimos a mi habitación. Cuando me quedé sola revisé lo que había comprado; lo acomodé dentro del clóset. Me di a la tarea de armar las combinaciones de faldas, blusas y zapatos... ¡Cinco pares de zapatos!

Bajé al vestíbulo a la hora propuesta por el chofer. Esperaba ver a Bladimir, no fue así. El chofer esperaba sentado en la recepción. Me dirigí a él, caminamos al auto, se adelantó para abrir la puerta trasera, me subí, la cerró con ambas manos. Imaginaba ser la esposa de un hombre poderoso, sentía el efecto de una seducción calculada.

PARA LA CITA con Bladimir estrené ropa: blusa azul cielo con manga “tres cuartos”, falda estampada con líneas ondulantes amarillas y rojas, que bajaban de la cintura al dobladillo. Zapatillas de tacón alto, color guinda. Mi brazo izquierdo estaba adornado con un reloj de oro amarillo, tenía 12 brillantes que señalaban las horas. Estrené de pies a cabeza. Se trataba de una cena con gente importante para los proyectos de Bladimir.

Antes de llegar al restaurante le pregunté al chofer qué haría para ubicar rápidamente la mesa donde se encontraba Bladimir y sus amigos. Me contestó que en la puerta estaría una de las empleadas para conducirme a la mesa correspondiente.

Así fue. La chica caminaba delante de mí hasta llegar con Bladimir. Estaba nerviosa, desconocía las características de la reunión. No sabía de qué hablarían, ni cómo yo participaría. Temía hacer el ridículo. Llegué a donde estaban, los hombres se pusieron de pie, la mujer permaneció sentada; Bladimir tomó mis manos, me dio fugaz beso, me presentó con sus amigos.

—Mi esposa, señores. Su nombre es Zalia.

Los saludé de mano, cada uno me decía su nombre. Retomaron la plática iniciada antes de que yo llegara. Los siguientes diez minutos me dediqué a escuchar y observar; luego, la mujer que se presentó como Faride armó plática conmigo.

—Amiga —me dijo con voz suave—, vamos a sentarnos juntas porque tenemos mucho que platicar.

Propuso que uno de los hombres se corriera un asiento para que ella quedara a mi lado. Primeramente me platicó de las sorpresas que nos destina la vida. Me dio la impresión que me hablaba de manera cifrada, como queriendo decirme algo que no podía expresarlo con claridad por la presencia de los otros. Mi marido dialogaba sobre temas de negocios; también le escuche conversar sobre lugares turísticos y restaurantes de la mejor comida. Con emoción hablaba de su relación personal con gente de la política nacional. Estaba relajado, hacía bromas; se expresaba con fluidez.

Consumieron varias botellas de vino tinto. Alabé que mi marido no tomara. El mesero le servía una bebida que no contenía alcohol. Me ilusionaba que mi esposo estuviera sobrio en la primera noche. Juntos en la misma cama, como debe ser con quienes contraen matrimonio. Así ha sido siempre.

La reunión se prolongó hasta cerca de las once de la noche. En ningún momento las conversaciones parecieron pesadas o repetitivas, los temas eran interesantes y variados. Nos manteníamos atentos de las opiniones de cada uno de los que estaban en torno a la mesa del lujoso restaurante. Faride cuidó los fundamentos de nuestra conversación, me hizo algunas recomendaciones para mantener un matrimonio duradero y estable. Defendía la idea de que lo económico era parte importante en la realización de una mujer casada con un marido adinerado. También me comentó que debía disfrutar los lujos y la buena vida al lado de Bladimir. Tal vez lo decía con algún conocimiento de la circunstancia que me esperaba a partir de esa noche. Una y otra vez me venía a la cabeza ese pensamiento. Uno de los que estaban a la mesa, el de ojos azules y pelo claro, el más joven de todos, sugirió que la reunión concluyera.

—Debemos entender que los recién casados —propuso con voz convincente—, necesitan disfrutar de su esplendorosa luna de miel. Pidamos la cuenta... Nosotros invitamos a los recién casados.

Llevaron la cuenta. Nadie tomó una copa más. Ellos se dividieron la cantidad a pagar. El mesero regresó con el cambio; nos levantamos, caminamos lentamente a la entrada del restaurante. Nos despedimos, nos comprometimos a otro encuentro en fecha posterior. Conmigo fueron amables, me trataron de manera lisonjera, me hicieron sentir importante. Faride, en actitud simulada me dijo al oído: “Cuenta conmigo, seremos buenas amigas, te buscaré, ya verás”. Me inspiró confianza, presentía que iba a necesitar de sus consejos. Era guapa, inteligente, firme de carácter, con experiencia en cuestiones del amor y del manejo de los sentimientos de los hombres.

Juntas fuimos al baño. Mientras repintábamos nuestros labios frente al espejo con marco dorado y con figuras angelicales en alto relieve, me susurró mirándome a los ojos: “Tienes que aprender a controlar tus sentimientos, a manejar tus problemas conyugales con astucia e inteligencia. Tienes que manipular a los hombres, así sea tu marido”. En ese momento no entendí del todo que me quería decir, pero me dio la fortaleza que yo necesitaba. Nuestra amistad duró años.

CAPÍTULO 11

De regreso al hotel, pude disfrutar el ambiente nocturno de aquella ciudad: marquesinas y letreros multicolores anunciando todo tipo de negocios. Mucha gente en las calles disfrutando el ambiente festivo de Acapulco. Bladimir estaba de buen ánimo, pero noté cierta indiferencia para conmigo; no se portaba cariñoso. No logré esclarecer por qué esa singular actitud. Mientras nosotros nos divertíamos, Sirvenda permaneció en el auto. Tuvo tiempo para dormir un rato. Viajaba en el asiento delantero; en su cara llevaba dibujado un extraño rictus.

Llegamos al hotel, Sirvenda fue la primera en bajar, por instantes permaneció en la banqueta. Cuando entramos al hotel, frente a la recepción, Bladimir me dijo:

—Zalia: a tu habitación te va a acompañar Sirvenda, se quedará en la de al lado, estará pendiente de todo lo que se te ofrezca; en un momento regresará el chofer, Sirvenda sabe cómo localizarlo por si requieres algo —concluyó la frase con esas palabras que parecían extraídas de la parte más fría de la tierra. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Esperaba sorpresas pero no de ese tamaño. ¿De qué se trataba? ¿Qué era eso? ¿Por qué me ocurría a mí? No tenía capacidad para entender lo que me estaba aconteciendo. Todo en mi cabecita era brumoso. Me sentí humillada, utilizada, herida, reducida a un